

Nací sobre una rotativa:

Las empresas culturales de José Ortega y Gasset

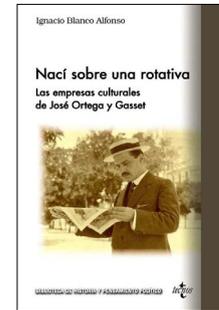
Ignacio Blanco Alfonso

Tecnos

Madrid, 2023

320 pp.

ISBN: 978-84-3098-923-2



Este año se ha cumplido el centenario de la visita que Albert Einstein realizó a nuestro país. Fue José Ortega y Gasset quien se encargó de presentarlo en su casi improvisada charla en la madrileña Residencia de Estudiantes. Con acertada modestia y confeso reconocimiento de su escasa competencia para dilucidar el alcance de algunas de sus teorías, el filósofo calificó la ciencia física del germano como la cima de una cultura occidental capaz de unir “el más puro contemplar” con “el señorío práctico sobre las cosas”. Cien años después, Ignacio Blanco acomete una sistemática revisión de las empresas culturales de Ortega, quien, –como bien alude el título del libro– habiendo nacido sobre una rotativa, alumbró el grueso de su producción filosófica en la “plazuela intelectual” del periódico.

El profesor Blanco, catedrático de Periodismo en la Universidad San Pablo-CEU, lleva prácticamente dos décadas agigantando el “espesor de presente” del hijo del director y propietario de El Imparcial. Y lo hace en el sentido que Julián Marías atribuyó al concepto: dialogando con el autor desaparecido, haciendo hincapié en la actualidad de su magisterio y, como se señala en el prólogo de esta obra, no sólo recuperando la vigencia de su estilo y su clara profundidad pedagógica, sino vivificando su legado mediante la enseñanza de los géneros del periodismo desde las claves orteguianas. Y es que tal y como apuntó en la citada presentación de la Residencia de Estudiantes y en una

carta dirigida a su padre en diciembre de 1906, Ortega cifró “el error de nuestro agarbanzamiento (...) en creer que la teoría y la práctica son cosas distintas”. De ahí el acierto de este libro, que, como obra de madurez intelectual, recorre la labor periodística de un Ortega convencido del menor alcance social de la cátedra y el libro. Toda una preclara adivinación de lo que representa hoy la transferencia del conocimiento en un escenario global, digital e interconectado.

Miembro del equipo de investigación y edición de las Obras Completas del pensador, Blanco reconstruye la actividad periodística de Ortega rastreando la intrahistoria de sus empresas culturales en seis acertados bloques cronológicos que van desde la primera colaboración en prensa, en 1902, hasta su muerte en octubre 1955. Como corolario, de hecho, aborda el eco periodístico de su desaparición, que tan sólo en su Archivo reúne unos 5.000 documentos. Es precisamente la consulta a este fondo y a la selección de un centenar de las cartas que alberga (en su mayor parte, con Ortega como autor o destinatario) lo que permite al autor delimitar lo fundamental de la obra orteguiana, iluminar sus zonas oscuras, matizar interpretaciones y no dejarse seducir por tantos meandros temáticos como se le presentan a cada paso. Quizá uno de los mayores aciertos del libro sea éste, el de no perder el hilo conductor de

una trayectoria vital tan fructífera y, en ocasiones, ambivalente, el de saber encajar cada parte en el todo.

Por tanto, debe situarse académicamente este estudio junto a los ya acometidos, con similar pericia pero más estrechez cronológica, por autores como Redondo, Cabrera, Campomar o Aubert. Es así que, tal y como Blanco adelanta en el prólogo, vamos a comprender la significación de que se asociara el nombre de Ortega a cabeceras como *El Imparcial* (1904), *Faro* (1908), *Europa* (1910), *La Prensa*, de Buenos Aires (1911), *España* (1915), *El Espectador* (desde 1916), *El Sol* (desde 1917), *La Nación*, de Buenos Aires, y *Revista de Occidente* (desde 1923), *Crisol* (1931) y *Luz* (1931).

Junto a esta ejemplar relectura de una obra periodística, que no reporteril (Ortega siempre fue consciente de haber sido más un escritor en los periódicos que un periodista relator de acontecimientos), Blanco sabe diseccionar aspectos filudos como las tareas más puramente de subsistencia (*primum vivere*) del filósofo, del que se rescatan datos interesantes como sus emolumentos por artículo o serie de artículos.

También destaca Blanco sus reflexiones en torno a la eficacia de sus empresas, probablemente con un saldo final negativo

que motivó su temprano desistimiento de la aventura republicana (y consiguiente reproche de alguno de sus más paradójicos y extemporáneos seguidores) o la patética fase final de íntimo alejamiento de las cosas españolas. Precisamente es en este último punto, el de los intentos de atracción franquista, donde más aspectos inéditos incorpora Blanco a la biografía orteguiana. De nuevo es el epistolario el que le permite explicar las tentativas de incorporar a Ortega como columnista a *La Vanguardia*, rebautizada desde 1939 como *Española*, merced a las gestiones de un pariente como Luis de Galinsoga tan lisonjero a la hora de obtener su colaboración periodística como visceralmente alejado del temple intelectual, y añadiríamos moral, del filósofo.

Estamos, en definitiva, ante un estudio imprescindible para tener un cabal conocimiento de lo que representa el legado periodístico de Ortega, acometido no sólo con rigor y conocimiento, sino con el pulcro y ameno estilo de que siempre hizo gala el filósofo.

Álvaro de Diego
Universidad CEU San Pablo